

ENVIADO COMO LOS PROFETAS

Lo que más me movía, cuestionaba e inquietaba era la lectura y meditación de la Biblia.

Había pasajes que me impresionaban y se me marcaban tan fuerte, que yo los sentía como dirigidos personalmente a mí. Eran muchos, pero los que más grabados se me quedaron son éstos:

Del profeta Isaías:

Tú eres mi servidor, yo te escogí y te llamé desde los lugares más remotos de la tierra; te elegí y no te abandoné. No temas, que yo estoy contigo; no te angusties, que yo soy tu Dios: te fortalezo y te auxilio y te sostengo con mi brazo victorioso. Mira, se avergonzarán y quedarán derrotados los que se habían vuelto contra ti, desaparecerán todos los que intentaban acabar contigo, Porque yo soy el Señor, tu Dios, que te llevo de la mano y te digo: No temas, que yo mismo te ayudo. (Is 41, 9-10)

Con estas palabras comprendía que mi vocación era un regalo de Dios y fruto de su misericordia, que no dependía de que yo tuviera ningún mérito. Comprendía que el Señor me había ayudado a salir de tantas situaciones difíciles en que me había visto metido. Esas palabras me hacían darme cuenta que mi tarea no iba a ser nada fácil, que tendría grandes enemigos, que tendría que sufrir persecuciones, pero que el Señor sería mi fuerza y mi salvación.

Pero el Señor hizo que se me grabaran de manera muy especial aquellas palabras de Isaías:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha consagrado y me ha enviado para dar una buena noticia a los pobres, para vengar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor, para consolar a los que sufren en medio del pueblo, para cambiar su ceniza en corona, su luto en perfume de fiesta y su abatimiento en traje de fiesta (Is 61, 1-3)

Para mí la palabra «Misionero» significa evangelización, ser profeta de la Palabra, dejando a un lado burocracias, estructuras y sacramentalización. Yo me sentía llamado a parecerme cada vez más a Cristo, enviado por el Padre para dar la Buena Noticia, imitándolo, siendo su testigo hasta la muerte, y proclamando su mensaje de salvación. Quise contemplarlo y parecerme a él en su proclamar el Evangelio, en recorrer los caminos de un pueblo a otro, en su constante orar, en pasar sudores y fatigas, y estar cerca y atender a los más necesitados.

Entiendo lo de «Apostólico» en relación a los Doce que fueron llamados a vivir en amistad muy cerca de Jesús y que fueron enviados como testigos hasta los últimos rincones de la tierra. Y esto con un estilo de vida verdaderamente pobre, disponible para ir a donde me enviaran, en comunidad y fraternidad al servicio de la evangelización.

Mi experiencia como misionero casi siempre fue en solitario. Por eso quise profundizar el Evangelio y entendí la fuerza que tienen la Comunión de Vida, la fraternidad, la Comunidad Misionera en la tarea evangelizadora. La vocación apostólica lleva necesariamente a la comunidad fraterna. Por eso propuse que la Congregación de Misioneros viviéramos una vida totalmente común y pobre, con un mismo ideal evangelizador cimentado en el amor. Comprendí que la vida de Comunidad es la primera palabra de la evangelización.

«Claret, Misionero Apostólico» de Emilio V Matéu

TEXTOS CLARETIANOS:

Yo me digo a mí mismo:

Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es una persona que arde de amor y abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios posibles encender a todo el mundo en el fuego del divino amor.

Nada le arredra. Se goza en las privaciones. Aborda los trabajos.

*Abraza los sacrificios. Se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos.
No piensa sino en cómo seguirá e imitará a Jesucristo
en orar, trabajar y sufrir, y en procurar siempre y únicamente
la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres.*

Porque eres bueno, Padre mío,
no deseo más que conocer tu santa voluntad
para cumplirla.
No quiero otra cosa
más que amarte con todo fervor
y servirte con toda fidelidad.
Padre, dame continuamente tu gracia
para conocer lo que te agrada,
y fuerza de voluntad para ponerlo por obra (Autobiografía 136)

Aquí estoy, Señor:
si quieres hacer de mí un instrumento para el anuncio de tu Reino.
Haz, Señor, que la comida sea para tener fuerza y servirte mejor;
que use de las cosas de este mundo según las necesite,
que estudie para conocerte y amarte y para ayudar a mis hermanos;
que mi descanso sea para reparar las fuerzas gastadas y servirte mejor (Autobiografía 744)

Señor, tú eres mi amor, mi honra, mi esperanza y mi refugio.
Tú eres mi gloria y mi fin. Mi maestro, mi Padre.
Ayúdame a no buscarte más que a ti
ni saber nada que no sea tu voluntad para cumplirla.
Sólo te quiero a ti, y en ti y por ti y para ti las demás cosas.
Tú eres para mí sufficientísimo.
Haz que te ame como tú me amas y como quieres que yo te ame (Autobiografía 754-756)

¡Oh Virgen y Madre de Dios!
Bien sabes que somos hijos y ministros tuyos,
formados por ti misma
en la fragua de tu misericordia y tu amor.
Somos como una saeta puesta en tu mano poderosa.
Lánzanos, Madre nuestra, contra lo que se opone la Reino de Dios,
Confiados en tu protección, anunciamos el Evangelio,
sin más armas que la divina Palabra,
sin más títulos que el de Hijo de tu Inmaculado Corazón.
Tuya, Madre, será la victoria (Autobiografía 270-271)

Señor, que te conozca y te haga conocer,
que te ame y te haga amar,
que sirva y te haga servir
que te alabe y te haga alabar
por todas las criaturas (Autobiografía 233)

*Un misionero claretiano, hijo del Corazón de María
es un testigo de Cristo que, urgido por el amor,
contagia por donde pasa,
encendiendo a todos en el dinamismo liberador del amor divino.
Nunca retrocede, en las dificultades no pierde la alegría,
acepta los trabajos y sudores por la obra del Reino
sin importarle nunca ser calumniado.
Se alegra en las pruebas y persecuciones que sufre
por el nombre de Cristo, y en su cruz encuentra fortaleza.
Busca y desea siempre identificarse más intensamente con Jesucristo
en su oración, trabajo y sufrimiento,
y en la incesante preocupación por la gloria del Padre
que es la vida y salvación del hombre. Amén.*

Este ministerio tan sublime, tan santo y tan divino, Jesucristo se ha dignado confiarlo a los apóstoles y a los misioneros apostólicos, diciéndoles: Como me envió mi Padre, así os envió yo. Y ha querido también que fuésemos salvadores del mundo. Mira, amado Teófilo, si hay honor semejante al que nos dispensa Jesucristo con admitirnos en su apostolado y en compartir con nosotros el título de Salvador del mundo. Debemos, pues, animarnos muchísimo en seguir sus pisadas, en trabajar día y noche en nuestra misión, en derramar la sangre de nuestras venas, y en derrochar nuestra vida en la flor de sus años, como hizo Jesús, si tal fuere su santísima voluntad (CLARET, Carta al misionero Teófilo).